

## **EL MACHO LATINO**

### **CAPITULO V**

#### **“MACHOS” CON CARETA: EL MORALISTA**

Mi amiga Elena era una bella cubana con ojos de gato que llegó siendo una adolescente con sus padres a Nueva York. Nunca imaginó que encontraría a una edad tan temprana a su gran amor. Era un hombre de hablar pausado y pasión contenida que terminó por ocupar todos los resquicios de su corazón. No era especialmente atractivo, pero Elena se dio cuenta que Roberto, un joven ecuatoriano que conoció en un bingo de su iglesia, era el hombre de su vida.

Cinco años después, y con dos hijos de cuatro y dos años, Elena se sentía afortunada. Roberto era responsable y trabajador, buen marido y buen padre, tal y como él había prometido cuando le propuso matrimonio una tarde soleada cuando caminaban por Central Park.

No ayudaba en los quehaceres de la casa, pero Elena se daba cuenta que no estaba en sus genes hacerlo, y era imposible luchar contra eso. No sabía freír un huevo, ni pegar un botón. “Mejor”, pensó. “Es el tipo de hombre que siempre va a necesitar una mujer en su casa”.

Vivieron en Nueva York hasta que un día se cansaron de los fríos inviernos y se fueron a Santo Domingo, donde Roberto había encontrado una buena oportunidad comercial.

–Allí no tendrás que fregar platos, ni limpiar baños –le dijo a su esposa–.

Tendremos una empleada en la casa y podrás vivir como una reina.

Al llegar a la isla Elena se sintió enseguida cautivada por el aroma de la tierra, el cielo azul, la amabilidad de la gente. Aparte, ya no tendrían que quedarse encerrados cada vez que caía una tormenta de nieve.

–La diferencia es que aquí podrás disfrutar más la vida. En Nueva York solamente se vive para trabajar–comentó Ernestina, la mamá de Elena, quien tres años atrás se había mudado a la capital dominicana.

No era fácil organizar su hogar, con dos niños pequeños, y el calor, al que no estaba acostumbraba. Pero una semana después de su llegada ya las vecinas empezaron a ofrecerse en la búsqueda de una empleada para que le ayudara con los niños y la cocina.

Elena miró a la primera candidata que llegó en busca de trabajo, y enseguida se sintió cautivada por su bella sonrisa blanquísima sobre su piel de ébano y una frondosa cabellera que adornaba con buganvillas en flor.

–Es demasiado bella. Mejor búscate a otra mujer– le dijo su mamá.

–Ese no es problema –respondió Elena– Mi marido es un hombre serio y con una gran moral. Le tengo plena confianza.

Se sentía afortunada de estar casada con un hombre con una honestidad sin tacha, tal vez un poco puritano ya que no la dejaba llevar escotes, ni pantalones apretados, ni faldas cortas, ni alternar con mujeres divorciadas. Sin

embargo, en el fondo admiraba su rectitud, su devoción cristiana y esa gran firmeza de carácter.

Sin escuchar las advertencias de su mamá, Elena terminó por contratar a la bella mulata. Se llamaba Santos, y era esbelta, con las piernas torneadas como las columnas de un templo griego. Siempre estaba de buen carácter y todos los días temprano ponía a hacer el café, que cada mañana llevaba hasta el cuarto de sus patrones en una bandeja con dos tazas: una para Elena y otra para Roberto.

–Buenos diiiiiiiiias– decía con una sonrisa al entrar a la habitación llevando la bandeja, cubierta con una carpeta bien planchada y almidonada.

–No sé qué haría sin ella –le decía Elena a su marido–. Me acompaña todo el día y los niños la adoran.

Seis meses después Elena estaba tan contenta en su nuevo hogar que juró nunca regresar a Nueva York. Tenía varias amistades con las que compartían las salidas al parque, amenas conversaciones, recetas de cocina y chismes de vecindario. También salían con los niños a tomar un refrigerio en la heladería más cercana, celebraban casi semanalmente la fiesta de cumpleaños de alguno de los críos del grupo de amigas y su marido iba a casa a la hora del almuerzo y llegaba temprano en la tarde. Mejor no podía ser su vida.

Una noche Elena se despertó al escuchar el escándalo de unos gatos en celo en un jardín cercano. Miró el reloj de su mesita de noche y las agujas fluorescentes marcaban las dos de la madrugada. Extendió su brazo sobre la sábana, hacia el lado donde dormía su esposo y notó que el lecho estaba vacío.

– ¿Roberto? –preguntó antes de encender la luz.

Pero Roberto no estaba.

Sorprendida y preocupada empezó a recorrer los tres pisos de la casona, bajando por la escalera de caracol mientras llamaba a gritos a su esposo.

De pronto, sintió la voz de su marido. Se oía disgustado y hablaba muy fuerte, con tono de regaño.

Fue entonces, al atravesar la terraza que comunicaba con la cocina, que vio a la bella mulata completamente desnuda. Con actitud modesta se tapaba con una mano los senos y la otra reposaba sobre sus partes íntimas mientras Roberto la increpaba a viva voz.

–Usted es una inmoral, cómo se le ocurre andar por la casa de esa forma. ¿No se da cuenta que esta es una casa decente? Se nota que usted está acostumbrada a salir por todas partes como las mujeres de la vida fácil. Qué asco mirarla a usted y darse cuenta que es como un animal carente de pudor.

–Roberto –interrumpió Elena– ¿Qué haces tú en la terraza en calzoncillos?

–Estaba haciendo mucho calor y bajé a buscar algo frío en la nevera. ¡Y me encuentro a esta mujer desnuda caminando por la casa! No puede ser, no puede ser, esto es inaudito –decía furioso, mirando desafiante a la mucama.

–Bueno, ella no volverá a hacerlo, tal vez no tiene pijama –defendió Elena a la joven empleada, que con la cabeza agachada se mantenía en completo silencio.

– ¿Usted no tiene ropa para dormir? –preguntó Roberto con enojo.

–No señor – dijo la mujer sin dejar de taparse con pudor.

–Pues si usted no tiene ropa para cubrirse para dormir eso significa que toda su vida ha dormido desnuda. Es una desvergonzada. ¿Cómo puede faltarle el respeto a mi familia de esa manera?

–Pero señor... –titubeó la mujer.

–No me diga nada, usted no tiene perdón. ¡Es inconcebible! Usted es una descarada... Salir por la casa sin ropa. ¡Jamás he visto tanto atrevimiento!

Roberto manoteaba furioso, y parecía echar llamas con la indignación que tenía.

–Usted es una indecente y mañana mismo la voy a llevar personalmente a la estación del tren para que regrese a su casa. No puedo permitir que en mi hogar se aloje una mujer desvergonzada como usted, que puede hasta ser un mal ejemplo para mis hijos pequeños.

–Mi amor, ¿no estás exagerando? –dijo Elena conciliadoramente, aterrada ante la idea de perder a tan fiel y buena ayudante–. Santos ha dicho que no lo volverá a hacer...

– ¡Ni más faltaba! No podemos permitir que una mujer de tan dudosas costumbres esté viviendo en nuestra casa. ¡Mira eso! ¿Te das cuenta? Anda desnuda por la casa de noche. ¡Eso no se puede tolerar! Es una mujer sin principios morales y mañana mismo la devolveré para su casa. Esta mujerzuela no puede contaminar nuestro hogar.

De nada valieron los ruegos de Elena para que su marido permitiera que la eficaz criada se quedara. Finalmente, como en un bramido de macho herido en su honor, gritó por última vez.

–Se va, se va, se va. ¡Y punto! No me ruegues más. Mañana mismo llevo a esta mujer a la estación del tren. Es una desvergonzada y de malas costumbres no merece trabajar en un hogar decente –dijo Roberto dirigiendo la mirada al contorno de sus senos y apartando enseguida su mirada.

Al día siguiente Santos entró con una actitud sumisa al cuarto de sus patronas. En sus manos llevaba la infaltable bandeja con la cafetera y dos tazas.

Roberto la fulminó con la mirada y enseguida ordenó con voz de trueno:

– ¡Aliste su ropa, porque se va! Salga ya de este cuarto y me espera abajo. ¡En diez minutos estaré en la puerta! –fueron sus airadas palabras mientras la bella morena colocaba tímidamente la bandeja sobre la cama.

Minutos después Roberto salía con la criada camino a la estación. Le había ordenado a su mujer que no se despidiera de “una basura de tan baja categoría, sin principios ni moral”. Un poco afligida, Elena aceptó la decisión de su marido.

Esa tarde, cuando Elena llegó de visita donde su mamá, le pidió que le ayudara a buscar una nueva mucama. A continuación le contó la historia del episodio vivido la noche anterior.

– ¿Y tú le creíste a Roberto? –le preguntó Ernestina.

– ¿Por qué no habría de creerle? Mamá, tu sabes que mi marido es un hombre de una moral fuera de serie. Por eso estoy con él. De no ser así me divorciaría, y criaría sola a mis hijos.

Veinte años más tarde Roberto dejó a Elena por Liliana, una joven secretaria de su oficina. El mundo entero se le había derrumbado encima. ¿Cómo era posible que un hombre con la moral de Roberto abandonara su hogar?

Fue entonces cuando Elena se enteró por su mamá y una prima que Roberto nunca fue el hombre casto y bueno que pretendió ser.

–Nunca debiste haberle permitido llevar a la criada a la estación –le dijo su madre–. Varias personas me dijeron que lo que hizo fue ponerle un apartamento a pocas cuadras de tu casa.

– ¿Por qué no me lo dijiste nunca? –reclamó Elena.

–No valía la pena que rompieras tu hogar y quedaras sola criando dos hijos pequeños. Por eso preferí callar –dijo la madre.